

## MEMORIA CON FUTURO

Cualquier viaje al pasado propone siempre un escrutinio del presente. Indagar en la memoria obliga a cruzar el espejo y penetrar en las razones, silencios y contradicciones que han fraguado una sociedad determinada. Despojarse para ello de prejuicios, por deseable y digno que esto sea, casi nunca es posible del todo, porque nadie vive de espaldas a las exigencias de su tiempo. Pero obcecarse en agitar exaltaciones y condenas, resignar la elaboración de conocimientos a la inspiración ideológica, pervierte sin duda el ejercicio más propiamente humano: la comprensión de esa naturaleza personal y colectiva.

Hoy, que una poderosa expansión tecnológica nos brinda magníficos instrumentos y escenarios para profundizar en el estudio de esa realidad y sus raíces, cultivar una indispensable socialización crítica sigue demandando una formación básica y aplicada que, por unas causas u otras, enfrenta a menudo obstrucciones tendenciosas y tenaces. Porque la abundancia de medios sirve de poco sin criterio, sin anclajes culturales y analíticos solventes que permitan al sujeto entender, cuestionar y elegir.

Y es que la verdadera identidad de un pueblo reside en su vida, en las respuestas que construye a diario para desplegar sus condiciones de existencia. Luego, un recurrente caudal de coacciones y solidaridades prorrumpe a su vez en visiones antagónicas del mundo, arma recursos materiales, intelectuales y simbólicos para componer atribuciones ideológicas, ciertas o ficticias, sobre todo aquello cuanto puede concitar alguna posición social diferenciada. Y en esa confrontación, el empeño que cabe esperar de la ciencia ha de consistir, al menos, en oponer discernimiento a la doctrina.

Tampoco las investigaciones que abordan la Historia Antigua de Canarias acontecen al margen de esas tensiones, hasta el punto de que pesa sobre buena parte de los trabajos una (no siempre) infundada sombra de sospecha respecto a la parcialidad (en cualquier sentido) de los resultados que se aducen. Por eso, hoy más que nunca se hace necesario renunciar por principio a los actos de fe, a la aceptación acrítica de aquel discurso historiográfico que se aparte de los requerimientos científicos convencionales, que ignore el desarrollo sistemático, explícito y uniforme de sus labores.

Los jóvenes autores de este libro han dado ya un primer paso en esa dirección. Al expresar su imagen de ciertos conceptos nativos se han visto obligados a pensar el pasado por sí mismos, a movilizar nociones e intuiciones sobre una historia que les involucra, una historia que además les pertenece. Asumir este hecho o renunciar a él forma parte de su libertad, pero nos compete a todos facilitarles las herramientas intelectuales adecuadas para tomar esa decisión con conocimiento de causa.

Las lenguas no constituyen sólo ni principalmente un código de comunicación, sino el reflejo y la oportunidad de una experiencia colectiva. Son seres vivos, que crecen, menguan, cambian y mueren, pero con esa extinción que suele abonar el futuro. Así ha sucedido con las hablas amazighes (o bereberes) de Canarias, que alientan en un repertorio significativo de vocablos con los que convivimos también en estos días. Las voces se desdibujan, el pensamiento que las engendró se difumina, pero nos queda la opción de fecundar ese vínculo y proyectarlo hacia nuevos horizontes.

Herederos de una tradición milenaria que subsiste de forma aún más plena en el África septentrional, los isleños del siglo XXI, un pueblo antiguo que ha integrado otras varias aportaciones culturales y ha dispersado esa genuina identidad por el mundo, todavía está a tiempo de demostrarse que puede fertilizar esa riqueza sin arrojársela contra nadie.